

DIVERSIDAD CULTURAL E IDENTIDAD EN HISPANOAMÉRICA*

JOSÉ IGNACIO VÁSQUEZ MÁRQUEZ**

INTRODUCCIÓN

Abordar el tema de la *sociedad multicultural* desde la perspectiva de un americano, es decir, de quien procede de un mundo que se forma a partir del encuentro y de la cruce de culturas y de razas diferentes, de un inmenso mestizaje europeo, indígena e incluso africano, bien puede resultar ejemplificador a la hora de intentar analizar este desafiante slogan de moda aquí en Europa.

No intentaré demostrar la posibilidad de la convivencia entre culturas étnicas distintas en la América hispana ni negar críticamente esta experiencia vital que labra su propia historia. Sin embargo, puede ser valioso para el análisis del tema que concita la atención de los participantes de esta convención, tener presente lo que ha significado para el Nuevo Mundo descubierto hace ya 500 años el factor multirracial y multicultural que lo caracteriza. Porque es innegable que la esencia de América es el mestizaje, a pesar de la disputa estéril entre hispanistas e indigenistas; no una nueva raza sino una experiencia histórica de creación étnico cultural. Que sirva esta exposición, entonces, como un antecedente para el análisis comparado respecto de este nuevo slogan utópico, lanzado por aquéllos que aún insisten en sostener categorías trasnochadas de la modernidad ilustrada cuando sus nefastas consecuencias son evidentes.

Valga mi propósito de afrontar el tema en discusión como una reflexión a la luz de la experiencia americana, muy a propósito de la celebración del Quinto Centenario del Descubrimiento de América, pero también, coinci-

*Conferencia en la Convención de Estudios sobre "Racismo-Antirracismo. El desafío de la sociedad multicultural", realizada en Spoleto, Italia, entre el 25 y el 27 de septiembre de 1992.

**Abogado. Candidato a Magister en Ciencia Política, Universidad de Chile.

dentemente, con la explosión atómica de las nacionalidades en el antiguo mundo socialista y el desencadenamiento de reacciones racistas de diversos colores en el mundo desarrollado.

UNA INTERPRETACIÓN DEL NACIMIENTO DE AMÉRICA

El descubrimiento del Nuevo Mundo marca uno de los hitos de la era moderna. Es a la vez uno de los productos de esta última y uno de los hechos que la inauguran. En efecto, es producto por cuanto ella es posible gracias al desarrollo de la técnica y la ciencia de aquella época. Constituye uno de los hechos principales que le dan comienzo, pues el descubrimiento de América es el inicio de la expansión europea, de la conquista de nuevos territorios y de nuevos pueblos, es por sobre todo el comienzo de la mayor universalización de la historia europea. Para un destacado historiador chileno, “esta expansión mundial de Europa es la columna vertebral de la Edad Moderna. Ella alcanza hasta los confines de la tierra. Muy pocos pueblos quedan al margen de su acción. En este sentido, los europeos son los forjadores de la unidad histórica del mundo. A medida que los distintos pueblos entraron en contacto con ellos, comenzaron a compartir, también con ellos, las vicisitudes de una historia común. Así, por obra de los europeos la expresión historia universal llegó poco a poco a cobrar realidad” (1). De un mundo centrado fundamentalmente sobre sí mismo se pasa violentamente al descubrimiento, conquista y dominación de mundos absolutamente desconocidos. Como afirma Octavio Paz, “los conquistadores tenían plena conciencia de la novedad que encarnaban ellos y sus acciones, hacían algo nunca visto. No se equivocaban, con ellos se inicia la gran expansión de Occidente, uno de los signos (gloria y estigma) de la modernidad” (2).

Pero he aquí que esta introducción del Nuevo Mundo en el Occidente moderno, en la modernidad, tendrá un carácter distinto al proceso que se desarrolla en la propia Europa. Paradójicamente, cuando en ésta el descubrimiento de América importaba de alguna forma un nuevo trastorno al

(1) Bravo Lira, Bernardino: *Poder y respeto a las personas en Iberoamérica*, Ediciones Universitarias de Valparaíso, Universidad Católica de Valparaíso, 1989, p. 17.

(2) Paz, Octavio: *La Democracia: lo Absoluto y lo Relativo*, ensayo leído por el autor en la Feria de Sevilla y publicado en el suplemento Artes y Letras de el diario El Mercurio, Santiago de Chile, 26 de abril de 1992.

religioso y tradicional mundo medieval, junto al Renacimiento y la Reforma, avanzando rápidamente hacia una forma secularizada de sus nociones e imágenes para terminar imponiéndose el proyecto moderno de la Ilustración, en el Nuevo Mundo tiene lugar el desarrollo de una forma diferente de modernidad y que se suele considerar comúnmente sólo como una expresión de cultura artística, me refiero al Barroco. Es precisamente en América donde se da en forma más rica y con una extensión superior al Barroco europeo. A juicio de varios estudiosos, es el Barroco indiano una de las claves que permitirían descubrir una cierta identidad de la América hispana, diversa por cierto de una forma europea y de una puramente indígena. Como ha sido señalado, “es la primera gran manifestación de una cultura propiamente americana. Las anteriores no lo fueron dado su reducido ámbito de vigencia. Ésta, en cambio, abarca casi todo el continente, desde México y Florida hasta el Río de la Plata y Chiloé. Por otra parte, tiene un origen y un carácter genuinamente americanos. Nacido en el continente, se nutre a la vez de elementos europeos e indígenas. No tiene nada de colonial, ni de imitación o de importación foránea” (3).

Es importante destacar que la diferencia entre ambas expresiones o proyectos de modernidad, entendiendo por éstos los intentos para comprender y configurar una nueva unidad cultural del mundo diverso que surge con el Renacimiento, la Reforma y el Descubrimiento de América, puede establecerse en la diversa concepción del hombre y de la sociedad que cada una tiene. La Ilustración va a dar cuenta de la diversidad del mundo haciendo tabla rasa de ésta y concibiendo una unidad homogeneizadora, llamada “humanidad”, que no reconoce las particularidades de los hombres y pueblos y a los que es preciso aplicarles un orden igualitario. Como bien lo señala el sociólogo Carlos Cousiño, el comportamiento del hombre y la naturaleza se explican en términos de una legalidad necesaria y universal, “la cultura de la Ilustración intenta resolver el problema de la integración a partir de la estipulación de un marco consensualmente establecido y coactivamente garantizado, en el cual los individuos persiguen racionalmente la maximización de sus intereses. El centro de la integración social es por excelencia el mercado” (4). Nos encontramos así de lleno en el llamado “proceso de neutrali-

(3) Bravo Lira, Bernardino: *Algunas claves de la Cultura Hispanoamericana*, artículo publicado en el suplemento Artes y Letras de el diario El Mercurio, Santiago de Chile, 7 de octubre de 1990.

(4) Cousiño, Carlos: *Razón y Ofrenda. Ensayo en torno a los límites y perspectivas de la sociología en América Latina*, Cuadernos del Instituto de Sociología, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 1990, p. 113.

zación de la cultura” (5) por el que se pretende negar todo valor superior sea religioso, político o histórico, toda verdadera jerarquía vital.

Por el contrario, lo que podríamos denominar proyecto Barroco de modernidad, sobre el cual se puede comprender la gestación de una primera identidad americana, presenta un carácter de respeto al hombre y a la diversidad cultural de los pueblos descubiertos. Es la Escuela de Salamanca la que mejor expresará el sentido de este proyecto. En efecto, para ella, como lo explica Cousiño, “los pueblos indígenas no podrían ser sometidos políticamente, al menos que ello fuese necesario para extirpar algunas prácticas que atentaban contra la dignidad del hombre, como era el caso de los sacrificios humanos practicados en las culturas precolombinas. Pero, si bien la dominación no se justificaba, tampoco era legítimo dejar a estos pueblos en el aislamiento. Necesario era por ello constituir una nueva ecúmene mundial a la que se incorporaran estos pueblos sin que por ello tuviesen que sacrificar su identidad” (6). En definitiva se ha explicado que esta posición llega a poner en duda la incorporación política de estos pueblos aunque fuera solamente para hacerlos cristianos.

Aunque este proyecto no logra imponerse del todo, al menos en la legislación de Indias se descubre su inspiración e influjo, circunstancia que hará de la conquista y colonización hispanoamericana en cierto modo excepcional a las formas de colonialismo que suceden a la empresa española y portuguesa, especialmente cuando se le compara con la forma en que se lleva a cabo la colonización en Norteamérica. El marco jurídico de que se encuentra revestido el proceso permitirá evitar abusos mayores, propios de cualquier empresa humana. Es necesario reconocer que el proceso de conquista y colonización no está exento de abusos hacia los nativos de estas tierras y que la sed de oro y riquezas es también uno de los fines que los motiva.

Sin pretender en absoluto hacer una apología de la conquista y colonización hispana, de las que abundan en la literatura e historiografía hispanista, sin embargo es preciso reconocer algunos aspectos que permiten ayudar a la comprensión más cabal de este fenómeno y situarlo al interior de sus verdaderas coordenadas, que como ya se ha explicado no son las de la modernidad Ilustrada sino las del proyecto Barroco. Octavio Paz junto con afirmar su carácter moderno también reconoce un aspecto tradicional, su

(5) Schmitt, Carl: *El proceso de neutralización de la cultura*, en *Revista de Occidente*, número 70, Madrid 1930, pp. 199 y ss.

(6) Cousiño, Carlos: *op. cit.*, p. 117.

otra cara o dimensión metahistórica que es la evangelización, sin la cual no es posible comprender a la Conquista del Nuevo Mundo (7) o como especifica otro mejicano, J. L. Ontiveros, el “carácter medieval, que posiblemente influyó en la conservación sincrética de la raza indígena y de su cultura: Santo Tomás es Quetzalcóatl, Tonatzin es la Virgen de Guadalupe” (8).

En este mismo sentido de la diferencia entre las conquistas inglesas e hispanas quisiera referirme a lo señalado por Arnold Toynbee en una conversación con Vintila Horia. Según el primero, “Norteamérica ha sido conquistada con el Antiguo Testamento en la mano; Hispanoamérica, con el Nuevo Testamento. ¿Se da cuenta de lo que significa esto?”. “Para Toynbee, según Horia, el americano que conquista los Estados Unidos y llega en su aventura hasta el Pacífico era un lector de la Biblia, era un puritano, y como tal lee más bien el Antiguo Testamento que el Nuevo. Es el origen de los nombres del Antiguo Testamento que pululan en los Estados Unidos y el Canadá. El puritano conquistador y lector de la Biblia se convierte en el pueblo elegido. El puritano que conquista Norteamérica se considera heredero espiritual e histórico del pueblo elegido. Norteamérica es la tierra elegida y ellos no hacen más que repetir como en el marco de un mito del eterno retorno la historia de Israel. Así como Israel termina con los filisteos en la Tierra Prometida, los puritanos justificados por la lectura del Antiguo Testamento liquidan a los indios. En cambio los españoles, argumentaba Toynbee, así como los portugueses, empapados por la lectura del Nuevo Testamento, al llegar a Hispanoamérica y conquistar un pueblo proponían el bautismo... O sea la exterminación del pueblo conquistado no formó nunca parte del plan vital de los españoles en los territorios conquistados... Ello se debe precisamente a la filosofía teológica, a la metapolítica que guía a los españoles en su camino hacia el Pacífico...” (9).

Con gran acierto, en concordancia con lo anterior, un conocido español de todos Uds., como es José Javier Esparza, ha llamado a los yanquis: “el pueblo elegido de la modernidad” (10). Para aclarar esta aparente dualidad que se podría percibir en las raíces de Norteamérica, entre un factor religioso

(7) Paz, Octavio: *op. cit.*

(8) Ontiveros, José Luis: *La causa de los pueblos y la hispanidad*, en revista Ciudad de los Césares, número 18, Santiago, p. 7.

(9) Horia, Vintila: “Civilización” y “Barbarie” en *Hispanoamérica*, conferencia pronunciada en la Academia Diplomática de Chile y reproducida en el suplemento Artes y Letras de el diario El Mercurio, Santiago de Chile, 8 de octubre de 1989.

(10) Esparza, José Javier: *Los yanquis, el pueblo elegido de la modernidad*, en revista Ciudad de los Césares, número 10, Santiago, pp. 11 y ss.

y otro secular, diremos que se encuentra en dichas raíces un proceso que va de una inspiración del protestantismo puritano-calvinista de los pioneros a una secularización de neto carácter moderno heredera en todo caso de la primera, de la esperanza religiosa a la utopía sociopolítica. El valor del dinero y de la acumulación de riqueza para los protestantes es un fenómeno largo y profusamente estudiado y que ayuda a comprender el surgimiento del capitalismo en la mayoría de las sociedades desarrolladas. En consecuencia, no resulta aventurado afirmar que el proceso de conquista y colonización anglosajón en Norteamérica se resuelve precisamente dentro de las coordenadas de la modernidad Ilustrada, identificada en el carácter de ruptura con el pasado, en la idea de una nueva forma de organización político-social, en la primacía de lo económico por sobre lo político y con ello en la sobredimensión por un lado, del valor del mercado como eje o espacio principal de la actividad social y, por otro, de la idea homogeneizadora del progreso material y humano. El factor religioso perdura en forma secular en la concepción mesiánica de su destino universal como pueblo y en el moralismo secularizado de los derechos humanos.

Como no deseo entrar en demasiados detalles respecto del proceso de conquista y colonización hispana alejados del objeto central de esta Convención, para finalizar esta parte relativa a la formación de América quisiera referirme finalmente a otro punto importante que ayudará a interpretar aún mejor el desarrollo particular y singular de nuestra realidad y que también servirá para comprender de algún modo el natural proceso de mestizaje que constituye uno de los rasgos principales en la configuración del ser americano.

Ya hemos señalado que el carácter ecuménico del Barroco indiano permite configurar una cierta identidad al Nuevo Mundo, pues aún cuando sea discutible el grado de intensidad del respeto a las diversidades culturales y a los particularismos locales existentes, lo cierto es que la tolerancia y aceptación del Otro es un hecho absolutamente constatable en el fenómeno de la fusión de sangres, dando lugar entonces a un nuevo pueblo que nutriéndose de elementos indígenas y europeos establece una cultura distinta de ambas, la cultura indiana o mestiza, cuya primera manifestación es precisamente lo que hemos denominado proyecto Barroco o Barroco indiano que va desde el descubrimiento hasta poco antes de iniciarse los procesos de independencia nacionales.

Para explicar este encuentro y fusión de razas y culturas, primero sería preciso entrar a explicar el sentido que para indígenas e hispanos tiene la

presencia del Otro, el sentido de la otredad o alteridad. Para Cousiño una explicación que sobrevalore el aspecto de la dominación “tiende a privilegiar la dimensión social del encuentro” (11) y con ello a centrarse exclusivamente en los conflictos sociales y en el carácter opresivo del dominio. Una explicación distinta se daría en el plano de la hermenéutica, que encuentra uno de sus mayores exponentes en el sociólogo chileno Pedro Morandé. Este autor expresa que el encuentro y comprensión del Otro se formula en un plano ritual, “fue precisamente la organización cáltica de las sociedades amerindias la que permitió dar cuenta de la catástrofe cósmica y social producida por la conquista en términos tales que no quedaba desprovista de sentido la participación de los indígenas en el nuevo orden de allí surgido” (12). Agrega Cousiño que esta proposición no sólo sirve para resolver el conflicto de interpretaciones entre ambas culturas “sino una clave para discernir el sentido de la organización de la vida social durante el período colonial” (13).

En fin, el encuentro de razas y culturas se produce en forma absolutamente natural, sin prejuicios de carácter raciales que llegaran a interponerse al punto de hacer imposible cualquier integración en una comunidad. Sin negar en todo caso los abusos y atrocidades cometidos en innumerables casos contra los indígenas, sin embargo es necesario destacar el hecho que éstos fueron considerados desde los inicios de la conquista como personas y por tanto sujetos de derechos y deberes y sometidos a una legislación que los protegía de manera especial. No es el caso de otros procesos colonialistas de carácter esencialmente mercantil, en los cuales se les considera como seres de inferior condición, sometidos muchas veces a un régimen de esclavitud y de apartheid. Por el contrario, tanto indígenas como hispanos y mestizos pasan a constituir la población de los distintos reinos de Indias, todos ellos bajo la misma condición de vasallos del Rey, es decir sobre la base de una igualdad jurídica fundamental. Como señala Bernardino Bravo, “el vasallaje establece un vínculo directo con el rey no sólo de los indios, sino de todos los componentes de la abigarrada y multirracial sociedad indiana: europeos, criollos, mestizos, negros y demás” (14).

(11) Cousiño, Carlos: *op. cit.*

(12) Morandé, Pedro: *Cultura y Modernización en América Latina*, Ediciones Encuentro, Madrid, 1987, cap. 9, citado por Cousiño en *op. cit.* Sobre el tema de la otredad en Hispanoamérica, véase también a Todorov, Tzvetan: *La conquista de América. La cuestión del otro*, Siglo XXI, México, 1987.

(13) Cousiño, Carlos: *op. cit.*, p. 148.

(14) Bravo Lira, Bernardino: *op. cit.*, p. 29.

DIVERSIDAD ÉTNICO-CULTURAL E IDENTIDAD

Hasta aquí nos hemos referido fundamentalmente al Descubrimiento del Nuevo Mundo y a los subsiguientes procesos de conquista y colonización hispanos. No entraré a realizar un análisis exhaustivo de la realidad que sobreviene a la clausura del proyecto Barroco de modernidad y al fraccionamiento de la América hispana tras los procesos de Independencia nacionales, pues ello significaría perder de vista el objetivo de reflexionar sobre el tema del desafío de la sociedad multicultural desde la perspectiva de la realidad hispanoamericana.

Pero hay un aspecto que es interesante destacar. Hemos dicho que lo moderno funda a América y que tal fundamento se enmarca en unas coordenadas que no corresponden a las de la modernidad secular e Ilustrada sobre las cuales se desenvuelven los procesos históricos de Europa e incluso Norteamérica. Tales coordenadas diríamos son metahistóricas o metapolíticas en algún sentido que no se puede desconocer. Sin embargo, este proyecto se verá enfrentado posteriormente a un desarrollo o evolución diverso en el que terminará imponiéndose finalmente de una manera imitativa la modernidad Ilustrada.

En efecto, por una parte los cambios dinásticos ocurridos en España a principios del siglo XVIII, paulatina pero decididamente traerán como consecuencia una redefinición de su rol imperial y de sus intereses nacionales que la hacen centrarse sobre sí misma, embarcándose en un proyecto modernizador que implica un mayor centralismo administrativo y la asunción de la doctrina económica del mercantilismo que le permita competir en el comercio internacional con las otras potencias colonialistas de la época. Esto irá en desmedro de América, cuyas colonias se ven disminuidas tanto política como económicamente, percibiendo los círculos criollos una relación con España más bien de carácter colonial mercantilista sólo en beneficio de la potencia. Esta circunstancia, que implica una redefinición de abierta dominación, puede ayudar a explicar en alguna medida los procesos independentistas americanos de principios del siglo XIX, no por cierto como causa inmediata, que como se sabe, se debe a la invasión napoleónica a España y sus consecuencias políticas, pero sí como sentimiento que opera contra los intentos de restaurar el orden colonial mercantilista por parte del rey Fernando VII al momento en que recupera el poder. Como explica Cousiño "A partir de ese momento el ideario ilustrado que había motivado la revolución de la burguesía francesa contra la aristocracia feudal es enarbolado como bandera de lucha

por una oligarquía criolla que basaba su poder sobre la propiedad de la tierra" (15).

El proceso histórico político que se inicia en la América hispana con su Independencia de España se entroncará decididamente en uno de los pilares más característicos de lo que podríamos llamar a esas alturas del desarrollo de la historia mundial como modernidad burguesa, me refiero al modelo revolucionario burgués de los Estados nacionales, aunque allá en América el estamento burgués no estuviere desarrollado. La introducción de la institución estatal en nuestro continente y su superposición más o menos coincidente sobre los antiguos reinos hispanoamericanos, producirá el fraccionamiento de aquella unidad ecuménica que se venía forjando desde la conquista al amparo del proyecto Barroco indiano. Es también de algún modo una ruptura contra un mundo tradicional, o como afirma Cousiño; un "cuestionamiento de un patrimonio histórico y cultural común que permitía integrar las identidades regionales" (16). A partir de su fraccionamiento nacional, América seguirá una "existencia imitativa y vegetativa" (17), perdiendo en identidad propia y auténtica, en un destino histórico común y en la posibilidad de expresar una voluntad política soberana frente al mundo. Una América imitativa de las modas intelectuales y de los esquemas e instituciones político-constitucionales y económicos; vegetativa de los decadentes valores ilustrados y de sus categorías civilizatorias.

Al incorporarse América a la modernidad burguesa ilustrada quedará sometida a las vicisitudes propias de este proyecto, ubicándose en una posición de subordinación como periferia respecto del centro, en una nueva relación de dominación neocolonialista respecto a las potencias que buscan la hegemonía universal de su modelo secular, neutralizador de toda esfera propiamente cultural y de desarrollo histórico autónomo, en fin, de toda identidad política soberana. De este modo, América pierde su proyecto propio que le daba originalidad y le permitía configurar su propia identidad, para ser absorbido en el proceso de occidentalización del mundo cuyo eje fundamental descansa en el valor del mercado redimensionado a escala universal.

En esta etapa económico-técnica del proceso de neutralización de la cultura, al decir de Carl Schmitt, aparentemente se produciría una "conciación de los pueblos y naciones, todas las clases y confesiones, todas las

(15) Cousiño, Carlos: *op. cit.*, p. 167.

(16) *Ibid.*, p. 170.

(17) Eyzaguirre, Jaime: *Hispanoamérica del dolor*, Editorial Universitaria, Santiago, 1980.

edades y sexos”, es decir, se darían las bases para la igualdad universal (18). De acuerdo al proyecto ilustrado, neutralizadas las esferas de conflicto religiosas, morales, históricas y políticas y situada la humanidad en una esfera aparentemente no conflictual como es la del mercado y la técnica, esferas de libre concurrencia, entonces sería posible el consenso universal y alcanzado el concepto de Humanidad como entidad totalizante de los hombres libres e iguales, una gran sociedad del mestizaje racial y cultural. Sin embargo, el propio Schmitt en su momento advirtió que “la técnica ya no es suelo neutral en el sentido de aquel proceso de la neutralización: toda cultura fuerte se servirá de ella” (19). De este modo tanto la configuración de un mercado mundial, el nuevo orden económico internacional, como de una técnica al servicio de todos los hombres, no ha resultado más que ser una nueva y disimulada forma de dominación de los grandes centros de poder mundial.

Para los ideólogos y propagandistas de la modernidad ilustrada pareciera ser que las consecuencias de ésta, los porfiados hechos, pueden ser explicados sin necesidad de poner en cuestionamiento las premisas del propio proyecto o bien, a lo más, bajo el subterfugio de que es preciso retomar el verdadero sentido o tradición moderna neokantiana. Pero, cómo continuar sosteniendo la utopía universalista, la república universal, cuando el mundo está explotando nacional y racialmente en todas partes, cuando los desequilibrios entre el mundo desarrollado y el subdesarrollado llegan a ser abisimales. Cómo continuar proponiendo el modelo multicultural o multiétnico, esta especie de United Collors of Benetton, al estilo americano, cuando hoy en día en el propio suelo de EE.UU., y Europa la intolerancia racial se expresa violentamente y el principio de autodeterminación nacional lucha contra las formaciones estatales multiétnicas en la Europa del Este.

Las sociedades multiculturales o multirraciales que están siendo generadas en el Occidente superdesarrollado por la inmigración de grandes masas desde la periferia del mundo, tienen como causa última, precisamente el proceso homogeneizador y universalista del propio proyecto moderno ilustrado. Es consecuencia de éste la existencia de un centro que ha alcanzado la superabundancia, no sólo por su propia capacidad de producción, sino también a costa de la explotación colonialista de otros pueblos desde hace ya varios siglos. No cabría esperar entonces otra consecuencia que la de una

(18) Schmitt, Carl: *op. cit.*

(19) *Ibid.*, *op. cit.* Nunca está demás recomendar la lectura de la obra clásica del jurista y politólogo alemán, *El Concepto de la Política*, para comprender el carácter hegemónico y de dominación política del liberalismo.

periferia que busca mejorar su condición de vida allá dónde se ofrecen mejores oportunidades, es un hecho análogo al fenómeno del centralismo que se da en los Estados nacionales modernos.

En el fondo del slogan de los propagandistas de la sociedad multicultural que se promueve en los países desarrollados —enmarcada en la dialéctica racismo-antirracismo— (20) obedece por un lado a la necesidad imperiosa que tienen de demostrar que la fraternidad y la igualdad entre los hombres no tiene fronteras de ninguna naturaleza, que el universalismo y el humanismo igualitario es un principio natural, especialmente cuando está demostrado por la ciencia la desigualdad y la diferencia cultural y, por la experiencia, la conformación de ghettos donde se tienden a mantener las costumbres originales. Por otra parte, el multiculturalismo está motivado también por una intencionada actitud antiidentitaria y antitradicional, precisamente en sociedades donde las identidades y las tradiciones nacionales y culturales han sido largamente forjadas.

Si el multiculturalismo europeo lo que pretende es establecer el modelo de vida norteamericano a fin de lograr la fraternidad humana, los hechos están demostrando que las identidades etnoculturales tienden a mantenerse en una relación, diríamos, de *amicus-inimicus* al interior de la propia sociedad que las integra y que los conflictos y los odios raciales se mantienen latentes a través del tiempo. Si ayer fue el racismo blanco, hoy es el negro y mañana bien puede ser el hispano o el asiático. Recordemos lo señalado anteriormente en relación a las coordenadas en las que fue realizado el proceso de conquista y colonización norteamericano, en ella no se pretendió la integración ni el encuentro cultural.

Está claro en todo caso que esta nueva arremetida utópica de los modernistas constituye una clara demostración del rechazo ideológico al más elemental derecho a la diferencia y a la identidad de los pueblos y culturas. Por otra parte, se ha llegado a sostener que el multiculturalismo occidental conllevaría la destrucción de la base biológica de las naciones (21). Así el

(20) De Benoist, Alain: *Racisme et differences: la force du prejuge*, artículo publicado en la revista *Krisis*, número 2 de abril de 1989, dirigida por el mismo autor. De mayor alcance por tratarse de una obra de confrontación de ideas de derecha e izquierda sobre la dialéctica racismo-antirracismo, lo constituye el libro de De Benoist, Alain; Taguieff, Pierre André; Bejin, André: *Razzismo-Antirrazzismo*, Cooperativa Cultural La Rocca di Erec, Florencia 1992. Interesante resulta también la obra de Freund, Julien y Bejin, André: *Racismes et Antiracismes*, Editorial Méridiens, París, 1986.

(21) Dufour, Carlos: *Dialéctica de la Identidad Ausente*, artículo publicado en la revista *Ciudad de los Césares*, número 23, Santiago, 1992.

multirracismo no sería más que un nuevo racismo animado en el fondo por un odio racial, pero esta vez hacia todas las razas y etnias del mundo.

Como me propuse desde un inicio abordar el tema de la sociedad multicultural a la luz de la experiencia del fenómeno del mestizaje en la América hispana, quisiera finalizar este análisis con una breve consideración sobre el significado que para los americanos ha tenido el encuentro de culturas y etnias y lo que significaría para los europeos una experiencia multiculturalista.

Ya hemos reconocido que el fenómeno del mestizaje en América se dio en el marco de un proyecto moderno que respetaba en gran medida las identidades y que naturalmente planteaba una relación no afecta a impedientes prejuicios raciales, sin negar en todo caso los abusos cometidos por los conquistadores aunque ellos fueran excepcionales. De tal relación surgirá un producto racial distinto, no una nueva raza. El mestizo al igual que el criollo, es decir el hijo de hispanos pero nacido en territorio americano, constituirán el elemento racial que permita configurar en un aspecto la identidad del Nuevo Mundo. Octavio Paz nos dice que “como el criollo, el mestizo no es español ni indio; tampoco es un europeo que busca arraigarse: es un producto del suelo americano, el nuevo producto” (22). La no existencia de una conciencia de pertenencia o raigambre a una comunidad, dificulta la necesaria integración social y política.

He aquí entonces que el fenómeno de la hibridación de razas genera un problema de trascendental importancia para la definición clara de una identidad colectiva. El problema de la identidad de América encuentra su principal dificultad de definición en el problema de la identidad mestiza.

América es aún una realidad ambigua en muchos sentidos, un mundo por definir. No se puede hablar de una identidad americana cuando América se encuentra fraccionada en multitud de Estados nacionales sin verdadera voluntad de integración, pero por sobre todo, cuando falta un sustrato racial definido, una conciencia colectiva que permita retomar el sentido integrador del proyecto de modernidad Barroco y una unidad orgánica de existencia y convivencia histórica (23). América y Europa son dos realidades muy diversas,

(22) Paz, Octavio: *Los signos en rotación*, Alianza, Madrid, 1983, p. 399, citado por Cousiño en *op. cit.*

(23) En relación al tema de la inexistencia de una identidad es interesante tener presente la perspectiva de Carlos Dufour en *op. cit.*, al afirmar que la identidad nacional reclama tres elementos: Raza, Mithos y Estado. Entonces, según este autor, frente a la falta de homogeneidad racial de Latinoamérica, debería ser ella capaz de compensarla culturalmente.

que sin embargo, se encuentran sometidas al destino disolvente de toda legítima diferencia propio del universalismo moderno. La diversidad entre ambas realidades radica en que Europa debe luchar por preservar su identidad y América debe luchar por definir la propia.

En América se está desarrollando un proceso singular que llamaremos de *pseudomorfosis* (24), de carácter étnico-cultural. Étnico, pues la raza americana propiamente tal no existe y aún sólo es posible constatar un fenómeno de hibridaje racial que tipificamos como mestizo, el cual está lejos de constituir una nueva raza. Este será un proceso de larga duración. Culturalmente, está en gestación un proyecto histórico común a todos los pueblos del continente, una unidad de destino en lo universal, que requiere en todo caso de un nuevo descubrimiento de América (25) por los propios americanos, un despertar de la conciencia colectiva, y una segunda guerra de independencia (26), esta vez de reafirmación histórica contra el neocolonialismo cultural y el mundialismo.

Sólo me queda por expresar que la formación de una auténtica identidad de América necesita de una base espiritual que contribuya a superar las enormes diferencias que marcan al continente, una espiritualidad semejante a aquella que permitió hace 500 años el encuentro de razas y culturas, un espíritu que aceptaba la existencia del Otro.

Respecto del tema de la forma política, he preferido usar el concepto organicista de Estado, en términos casi idénticos a los de la definición que da Oswald Spengler en su obra *Decadencia de Occidente*.

- (24) Robertson, Erwin, en su introducción al Coloquio Identidad de América de la revista Ciudad de los Césares y publicado como *Ambigüedad de América*, en el número 20 de la misma. Para Robertson, el historiador Mario Góngora "insinuaba la aplicación a nuestra América del concepto spengleriano de pseudomorfosis", lo cual significa que en ella "está en gestación una nueva cultura...".
- (25) El historiador Bernardino Bravo Lira se ha referido a la idea de un Segundo Descubrimiento de América en un artículo suyo publicado en el diario El Mercurio, 30 de octubre de 1988. En éste, el autor expresa que este segundo Descubrimiento tiene lugar a fines del siglo XIX con el modernismo en América y es realizado por los propios americanos "cuando cobran conciencia de sí mismos. Entonces se definen frente a Europa. En ese momento el Nuevo Mundo se desprende del Viejo...". Bravo señala que Rubén Darío es la "figura central del modernismo". En todo caso, cuando me refiero a un nuevo Descubrimiento de los propios americanos estoy expresando la idea de pensar soberanamente y decidir la integración política del continente.
- (26) Ver sobre este mismo tema el artículo de Disandro, Carlos, *Manifiesto Comunista y Segunda Guerra de la Independencia*, en Ciudad de los Césares, número 16 y, también, en el número 8 de la misma, Buela, Alberto, *Hispanoamérica contra Occidente*, exposición del autor en el Coloquio del Grece de 1984, en Versalles, París.